

UN DON QUIJOTE SIN SANCHO PANZA

Al final de todo aquí estoy, junto a mi bicicleta, al mirarla viene a mi cabeza todo lo ocurrido estos días atrás. Todavía no le he quitado las alforjas, como tampoco puedo quitarme yo la huella de lo vivido en mi solitario viaje.

Martes, ya estoy decidido a marcharme, lo necesito. Entro en la segunda semana de mis vacaciones estivales, me ha sido imposible irme de viaje como he acostumbrado años atrás. Pero de todos modos el tiempo no ha pasado en balde, ayer mismo, tras largas negociaciones hemos firmado Bea y yo la compra de nuestra casa, y mientras preparaba el equipaje me ha llamado mi jefa para decirme que sigo trabajando el día cinco de agosto. Objetivos cumplidos que me hacen tener más ganas de partir, irremediablemente solo; les he propuesto a varios amigos emprender este viaje juntos, pero por esta vez no me pueden acompañar. Todo esto no me detiene para nada, mis planteamientos siguen siendo los mismos: partir esta tarde a lomos de mi bicicleta todo terreno y volver el viernes tras haber cruzado Sierra Espuña. Llevaré todo lo que necesito, es decir, comida, ropa y un libro, todo lo demás lo pondrá el viaje, este quijotesco viaje.

Son las seis de la tarde y ya no aguanto más, aunque todavía hace un poco de calor me marcho camino de la aventura. Me despido de casa, mis padres no comprenden que me marche solo, pero ya no pueden hacer nada por evitarlo, y como siempre en lugar de desearme suerte, me desean que tenga mucho cuidado. Al par de kilómetros de salir también hablo por teléfono con mi amada "Dulcibea", para despedirme y ver si ella me desea suerte; pero ella tampoco comprende que me marche solo y quiere que tenga mucho cuidado, aunque sí me desea que disfrute al máximo y es lo que haré –estoy muy feliz de estar con ella, pues aunque no llega a entender las causas que motivan este corto y cercano viaje, es capaz de desearme lo mejor en mi andadura por nuestras serranías-.

Ahora tengo los kilómetros que quiera hacer por delante, pues no tengo una ruta establecida. Ya me he quedado solo hasta el viernes o sábado, y la sensación de ir cabalgando hacia este viaje cual valiente hidalgo, me da una sensación de libertad y paz interior que no se puede describir, es tan simple y tan complejo como la sensación que tengo al ir pedaleando y notando el suave viento en mi cara.

Esta primera etapa la llevo entre los campos de almendros de la carretera que va a Fuente Librilla, al fondo veo el gran macizo de Sierra Espuña... esta carretera es muy poco transitada, por lo que es más cómoda y menos peligrosa para la bicicleta. A fuerza de pedal voy dejando atrás los problemas, las tensiones, las preocupaciones...todo lo negativo. Y así, entre campos y alegrías dejo la carretera poco antes de llegar a Fuente Librilla y me incorporo en un cruce que hay para la carretera de Pliego a Alhama, la carretera de Sierra Espuña, y al poco llego al lugar donde pasaré la noche, a las puertas del Parque Natural, mañana me adentraré en su corazón, pero hoy ya está bien para empezar, ahora a buscar la calma.

El lugar que he elegido para pasar la primera noche no tiene desperdicio, está junto al Canal del Taibilla y cerca del Rincón de la Portuguesa, en una zona que todavía es de cultivo pero al límite con el monte y donde hay dos pinadas muy frondosas y acogedoras. Tal vez no sea el mejor lugar del mundo, pero para mí tiene una gran carga emocional, este lugar me transporta a la infancia, era donde yo venía con mi familia cuando mi padre no trabajaba en los días de verano, la frase era: -¡vamos a la reguera!-. Y así rodeado de romanticismo y con la noche cerca me acerco a la “reguera” para asearme y refrescarme.

El punto del agua es de los más importantes en esta excursión. Hoy he elegido este y mañana tengo la intención de ir a la Fuente del Sol, para poder así asearme y aprovisionarme de agua para el trayecto, lo demás está en manos de la improvisación.

Antes de la cena leo un poco el libro que he traído, El Sendero de la Mano Izquierda. Aquí junto al agua que corre, que todo se lleva, que todo lo llena, paso un dulce momento de tranquilidad. Después la típica cena para coger energía – aunque la auténtica energía se coge aquí, de todo lo que te rodea y de lo que llevas dentro-, otro poco de lectura con la luz del frontal y a dormir.

Estos momentos son envidiables, me veo acostado con un techo de estrellas, arrullado por los pinos y junto a mi montura. Mi única preocupación es que no se acerque ningún animalito curioso a levantarme el campamento. Sobre las dos de la mañana me despierto, todo era demasiado bonito para ser verdad, y un escalofrío me recorre el cuerpo, tiritó ligeramente, y la verdad es que he sido muy osado al acostarme al aire libre sólo con la esterilla y una fina manta, aquí la temperatura es más baja de lo que pensaba, así que estoy empezando a pasar verdadero frío, me levanto y me pongo toda la ropa que llevo en las alforjas, un suéter y unos pantalones largos, y me vuelvo a acostar pensando en la noche de mañana, en cómo ingeniármelas para no helarme. Estoy relativamente cerca de Mula, pero no voy a volver, aunque por otra parte podría mandar un mensaje con el móvil para que alguien me trajese el saco de dormir..., estas ideas se desvanecen rápidamente, no van con el espíritu del viaje, un valeroso caballero ha de sobrevivir con lo que lleve o con lo que encuentre, tal vez mañana me encuentre un saco de plástico por la cuneta con el que improvisar una tienda de campaña... Y así la somnolencia se apodera de mí, a lo largo de la noche me desvelo en varias ocasiones porque ya estoy destemplado y no cojo la temperatura del sueño profundo.

El día viene pronto, pero aprovecho para seguir acostado y dormir lo que no he podido hasta ahora. Y cerca de las nueve los rayos de sol me dicen que ya es hora de levantarse. Desayuno, cargo la botella de agua y reemprendo el camino. Al poco encuentro una botella de plástico en la cuneta, y después de esta muchas otras, es increíble la cantidad de basura que la gente deja caer por la ventanilla del coche sin que les remuerda la conciencia lo más mínimo. Cojo una de ellas por si me hiciese falta para llenar agua más adelante, nunca se sabe. Voy dirección El

Berro por la carretera de costumbre, y me satisface el pasar por donde tantas veces he pasado con el coche camino de Sierra Espuña, pues me permite apreciar con lentitud y profundidad los pequeños detalles del trayecto que normalmente no aprecio, como la pequeña ermita, las zonas de barrancos antes de llegar a El Berro, y El Berro mismo, me fijo en el contorno de la fachada de la panadería que hay al entrar y veo que tiene unas molduras que simulan figuras de mujer unidas por frisos y algunos animales -interesante para ser El Berro, es lo que tiene ir en bicicleta-. Justo al salir del pueblo camino de la Casa Forestal Los Quemados encuentro una camisa en la cuneta, y rápidamente la relaciono con el frío de anoche, la recojo y está en buen estado, me servirá para abrigarme hoy después de lavarla. Después un parón para descansar en la Casa Los Quemados, no hay prisa, estoy de vacaciones.

En la etapa de hoy estoy notando más la carga de las alforjas, pues hay bastante más cuesta arriba, pero poco a poco me voy adentrando en el corazón de la sierra. Estas subidas me recuerdan cuando veníamos las primeras veces en el Citroën 8 de José Manuel y faltaba poco para que tuviéramos que llevar nosotros al coche en lugar de lo contrario. Hasta que al girar una curva me topo con las impresionantes vistas de la Pared de Leyva y El Morrón Chico, me tomo otro momento para su contemplación. De seguido voy al Centro de Interpretación e Información Ricardo Codorniú por saber el estado de algunas pistas forestales. Mi etapa de hoy acabará en la Fuente del Sol, pero la de mañana no sé si hacerla en dirección Barranco de la Hoz pasando por los Pozos de la Nieve de Murcia y Fuente Blanca, o ir a Malvariche, y de todos modos quiero cambiar el asfalto por la tierra subiendo al Collado Bermejo por la pista de Peña Apartada.

En el Centro de Información me atiende una chica muy agradable, que me da unas noticias menos agradables: -la circulación por pistas y senderos está totalmente prohibida-, la información me deja de piedra -estas son las consecuencias de los grandes incendios ocurridos este año a nivel nacional, la mayor parte por negligencias, ¡por favor tengamos cuidado con lo que hacemos!-. Esto hace replantearme el recorrido, pero de momento voy camino de la Fuente del Sol que ya casi es mediodía y hace demasiada calor. No antes sin pasar por el busto erigido en honor a Don Ricardo Codorniú y Estárico, noble caballero a quien le debemos lo que hoy es Sierra Espuña.

Cojo el último kilómetro del día, el que me lleva por la pista que da acceso a la Fuente del Sol. Allí hay un refugio que estará cerrado hasta octubre, pero a mí con su marquesina de la entrada me sobra para encontrar un poco de sombra. Dejo mi montura y tengo toda la tarde por delante. Lo primero es refrescarme, lo segundo cambiarme y asearme, para todo ello la Fuente del Sol. Su agua es fresca, pura y cristalina, está enclavada en un pequeño valle encajonado en la espesura de los frondosos pinos, en la cuna del Río Espuña, y aquí todo es paz y armonía. Ideal para darme una pequeña ducha y de paso hacer la colada, también de la camisa a cuadros de El Berro. Después de cubrir esta necesidad viene el momento de otra, la comida, en la que me como unas latas de sardinas acompañado por un par de avispa cojoneras que querían compartir conmigo tan

suculento majar. Y mientras se seca la ropa tendida y las horas de calor pasan, es el mejor momento de digerir la comida con el placer de placeres, el culmen, la siesta –sin palabras-.

Serían las cinco y media o así, no lo sé -en estos viajes no hay que mirar mucho el reloj-, y aquí vino el que posiblemente fuese el momento más duro, el punto de inflexión, la clave del viaje, mi particular lucha contra los gigantes y molinos.

Me despierto de la siesta y empiezo a caer en la cuenta de que no tengo nada que hacer hasta mañana, que tengo todo el tiempo del mundo, que estoy alejado en un pequeño valle de Sierra Espuña, que no hay gente cerca, que estoy solo, que no hay civilización, que no hay actividades programadas, que si me aburro no puedo echar mano de la televisión o la radio, que estoy cansado y no estoy para patearme el entorno más cercano, que no hay cobertura, que no tengo que desfacer entuertos ni salvar la honra de ninguna doncella. En resumen, estaba agobiado por la certeza de la nada más absoluta –en los días que corren, incluso para mí que me considero un hombre con recursos, es difícil acostumbrarse a la nada, tenemos mil inventos para tenernos ocupados, y sino nos buscamos ocupaciones, aunque no sean necesarias, todo con tal de que la actividad no cese, con tal de que la mente no llegue a la nada porque no sabemos manejarla; a mi juicio estamos equivocados en actuar así, no en pensar así, pues realmente no pensamos, sino que somos autómatas-. Tardé un tiempo, un tiempo angustioso en buscar la solución dentro de mí, lo tenía dentro y sólo debía recordarlo, sacarlo fuera y llevarlo a la práctica, en realidad no tenía que hacer nada concreto , ni tomar pociones, ni sacar de la bolsa polvos mágicos, simplemente estar allí, con la mente en blanco –qué difícil, pero qué necesario a la vez-, dejando que me envolviera el ambiente, tumbado, sentado o de pie, esperando que revolotee algún insecto, que pase algún ave, que cante algún pájaro, que caiga alguna hoja, que el agua fluya, que sople el viento, que el día se convierta en noche, que todo siga su curso y yo me contagie al contemplar su armonía. Entonces me di cuenta del verdadero objetivo de mi viaje, no el recorrer Sierra Espuña en bicicleta como yo pensaba, sino encontrar la paz, la serenidad, la calma, la profundidad...la nada y el todo a la vez.

-Somos naturaleza, venimos de ella y a ella debemos volver. Hemos creado un mundo artificial para vivir, creemos que así vamos a estar más cómodos, y por eso olvidamos quienes somos, porque vivimos como si nos hubieran arrancado de los brazos de nuestra madre, hemos olvidado nuestras raíces y de lo que en realidad formamos parte. Somos seres vivos, no máquinas, por ello no debemos perder el contacto con la naturaleza, cada uno que elija lo que más le guste, monte, playa o ambos-.

A partir de este momento todo fue diferente, todo fue mejor. Entré en simbiosis con el lugar, mi respiración era más pausada y mis músculos más relajados; desaparecieron los nubarrones de mi cabeza y fue como si siempre hubiera estado allí, como si aquel rincón apartado fuese mi hogar. Todo volvió a

fluir con naturalidad, y tras unos momentos de dispersión, continué con la lectura de mi compañero de viaje, El Sendero de la Mano Izquierda -aquí no voy a explicar de que va el libro, pero sí diré que es un código de conducta con el que estoy de acuerdo en un noventa por ciento, y que tal vez yo, llegado a la edad de sesenta y cinco años también podría haber escrito-. Estuve mucho tiempo dedicado a la lectura, ensimismado en sus líneas, en sus palabras, como dice su autor: -negro sobre blanco-, y en verdad que pasé una de las mejores tardes de lectura que recuerdo. En realidad no podría haber elegido otro libro mejor para que me acompañase, fue el libro justo, en el lugar idóneo, en el momento exacto, su lectura me hacía caer en la cuenta de cosas olvidadas pero que siempre hay que tener presentes, en otras ocasiones me hacía reafirmarme en pensamientos con los que hoy comulgo, diferentes párrafos me hacían razonar sobre temas en los que nunca había pensado y pocas veces estaba en desacuerdo con el código de conducta, con el sendero espiritual propuesto por el escritor.

Así pasaron las horas hasta que atardeció. Llegó la hora de la cena, una sopa caliente que sabe a gloria, a recoger la ropa tendida y preparar la cama. Mientras preparaba el lecho percibía el milagro de la metamorfosis, de la transformación del día en noche, del sol a la luna, del ying y el yang. Es maravilloso contemplar sentado desde una piedra como todo a tu alrededor va cambiando lentamente, de caliente a frío, de luminoso a tenue, el viento trae olores diferentes, las chicharras se van silenciando y dan paso a los grillos, aparecen el canto de la lechuza o el búho, y al rato ya es de noche y todo es lo mismo pero ha cambiado profundamente, ha llegado el tiempo de la luna y las estrellas.

Para acostarme me pongo toda la ropa que tengo, y la que he recopilado por el camino, me envuelvo en la manta y me pongo un aislante por encima y otro por debajo, a modo de armadura, creo que esta noche no pasaré frío. Ya acostado soy acosado por unos pequeños temores, aunque me siento parte del medio, no puedo evitar pensar que estoy solo y en mitad de la sierra, aquí sí hay riesgo de que se acerque algún zorro, jabalí, muflón o dragones, pueden ser llamados por el olor a la comida que llevo o por el agua de la cercana fuente –los temores son fundados, pues hace ya diez años, durante mi primera acampada en la Hoya del Apurchil, fui visitado por una zorra que se llevó mi calzado, pero esa es otra historia-, por lo general los animales no se acercan, ni te hacen daño, pero si hay comida por medio ya es otra cosa. Dentro de mi armadura y en mitad de la noche, me pongo en tensión con cada rumor, escucho pisadas y sonidos de animales donde no hay, hasta que finalmente me quedo dormido. En mitad de la noche me despierto alarmado por un ruido de bolsas, apunto a ellas con la linterna y no veo nada, pero el ruido debe ser por algo, decido acercarme, no se ve animal de envergadura, puede que sea un ratón campestre que pretende saquearme, y finalmente tras trastear las bolsas tímidamente encuentro al causante, un grillo que dejo en libertad. El despertarme ha tenido su aliciente, pues ahora contemplo todo lo que me rodea por la luz de luna que todo lo inunda con su resplandor plateado –normalmente las farolas no nos dejan apreciar la magnificencia de la luna en su momento cúspide, cuando se encumbra en el cielo y sus luminosos

brazos llegan a todos los rincones bañándolos en oro blanco, creando un espectacular juego de sombras-

Me despierto a la vez que amanece –qué contar que no se haya dicho ya del alba-, pero sigo acostado otro par de horas, es lo bueno de tener vacaciones. Hoy como se suele decir va a ser la etapa reina, desatendiendo prohibiciones he decidido ir hasta los Pozos de la Nieve de Cartagena y desde allí pasar tras el Morrón de Espuña y Pedro López para bajar a Malvariche, la etapa va a ser larga y dura, aquí están los mayores porcentajes de desnivel, pero lo que importa es que va a ser bonito, no será una hazaña deportiva sino un logro personal por el que cualquier caballero que se precie debe pasar. Al igual que no llevo reloj, tampoco cuenta kilómetros, lo importante va a ser como siempre el viaje.

Tras desayunar y meterlo todo en las alforjas, lleno las botellas de agua, también la que he recopilado por el camino (después de haber sido lavada escrupulosamente), pues no sé si encontraré agua en Malvariche, la sequía de este año es muy severa y de momento no hay “agua para todos”. Al poco de salir enciendo el móvil para comprobar si tengo cobertura –este agudo problema que hemos fabricado no me ocurría hace unos años, los teléfonos móviles eran solo para James Bond y a él siempre le funcionaba su zapatófono-. Me llegan mensajes de llamadas familiares y conyugales, por un momento vuelvo a la civilización, llamo a casa y a mi amada Dulcibea para serenar los ánimos y comunicar que todo va sobre ruedas -nunca mejor dicho-, y al rato vuelvo a perder la cobertura...

La subida al Collado Bermejo la hago por la carretera, y me siento de maravilla pedaleando y pedaleando, llego a la Casa Rosa donde me detengo un rato para descansar y ver la panorámica. Allí se me acerca un valeroso ciclista con el que tengo un rato de conversación hablando de los viajes en bicicleta. Después reanudo la marcha hasta llegar al Collado Bermejo donde hay impresionantes vistas, y ya con la mente fija en los Pozos de la Nieve ataco con decisión la escalada, con demasiada decisión ya que casi llegando al Collado Mangueta las rampas son muy duras y me cuesta horrores subir, pero no pienso echar el pie a tierra, aprieto los dientes y finalmente llego al camino que me ha de llevar a visitar los monumentos de la nieve. Tras una pronunciada bajada llego al lugar en cuestión y observo que el único de los Pozos de la Nieve que todavía se encuentra en pie, ha sido restaurado y reforzado en su interior con una estructura metálica, espero que así dure otros trescientos años. Y después de la visita arquitectónica me miro la barriga y está deseando comer algo, el esfuerzo de esta mañana ha sido digno del mismísimo Amadís de Gaula, qué lugar mejor para almorzar y echar una pequeña siesta que junto a esta reliquia histórica.

Cuando me despierto será cerca del mediodía, pero aquí arriba no hay problemas de calor, estoy alrededor de la cota de los mil metros y sopla una fresca brisa, por lo que puedo continuar la marcha sin problemas y poco a poco voy haciendo el camino. En la continuación he de apearme de mi metálico Rocinante, ni a golpe de espuelas se puede subir con las pesadas alforjas, las rampas son

muy fuertes y pedregosas, así que lo hago a pie y tirando de mi montura. La caminata es agradable y sorprendente, el paisaje cambia por completo al cambiar de orientación y estar más alto, hay muy pocos pinos y el cojín de monja abunda, los terrenos son muy rocosos y pelados, al fondo el impresionante farallón de la cara norte del Morrón, y buena panorámica de las serranías del noroeste. Prosigo alternando entre sobre y junto a la bicicleta, hasta que me aproximo al Pedro López, donde sin duda alguna están las rampas más fuertes y largas de todo el itinerario. Llego a un punto donde se ve muy cerca la cumbre de este pico, y aunque no estaba en los planes me lanzo a su ascensión para coronarlo, he incluirlo dentro de esta singular andadura de Don Quijote. La pista llega a escasos metros de la cumbre que ya realizo en una trepada, así alcanzo los 1.566 m de la segunda cima más alta de esta sierra, y que además es la primera vez que supero. Aquí sopla un fuerte viento y los vencejos pasan sobre mi cabeza haciendo maniobras de camicace aprovechando estas corrientes eólicas. Éste es otro buen sitio para descansar y después de reponer energías hacer el último tramo de la ruta, bajar a Malvariche. Durante mi descanso el móvil vuelve a coger cobertura y mi compañera del trabajo Beatriz (diferente a mi amada Dulcibea) se pone en contacto conmigo para decirme que posiblemente nos suban el sueldo –el dinero no da la felicidad pero ayuda-, así que no tardo en llamar a mi amada para ponerlo en su conocimiento y fantasear juntos en poder pagar con cierta soltura la casa que nos hemos comprado, la noticia nos colma de felicidad a ambos y me hace continuar mi viaje con mayor ánimo del que ya tenía.

Después del descanso y las buenas nuevas no retraso más mi particular andanza. Me lanzo a la bajada de este gigante, que además es kilométrica, en su primera parte muy pronunciada y pedregosa, en la segunda muy bonita y sinuosa. Curva tras curva el camino serpentea junto a la Umbría de Pinos Blancos y su singular morfología de bloques, placas y fallas de roca. A media tarde llego a Malvariche, este apartado, solitario y desconocido valle de Sierra Espuña. Llego extenuado de la etapa de hoy, la he realizado en tres partes pero ha sido igualmente larga y dura, ahora es tiempo de descansar y reponer fuerzas, mañana vuelta a casa. Primeramente me acerco a las ruinosas Casas de Malvariche y después me asomo al barranco para hacer una comprobación, la comprobación me lleva a confirmar mis sospechas, el barranco no lleva agua por lo que no puedo asearme ni refrescarme, además no puedo aprovisionarme de agua, hice bien en coger aquella botella de la cuneta y llenarla, porque ahora es todo lo que me queda hasta mañana, la Fuente de Malvariche hace tiempo que está seca. Vuelvo cabizbajo a las casas en ruinas, tengo que racionalizar el agua y la comida hasta mañana, voy muy apurado de reservas y hasta mañana no llego a mi hogar. Visito un poco las ruinas para comprobar que año tras año se cae una pared o un techo, así que dormiré fuera, debajo de los grandes y frondosos pinos de la puerta. Allí hago mis estiramientos y me tumbo a pasar el resto de tarde, estoy tan cansado que no puedo ni leer, simplemente permanecer allí y sentirme orgulloso por la etapa de hoy, y las de los días anteriores y la de mañana, para mí es un gran logro personal haber superado mis molestias físicas de piernas y espalda que no me han dejado hacer deporte con regularidad hasta hace menos de un año, y

aquí estoy hoy, realizando una buena travesía en bicicleta, que a buen seguro no ha de ser una hazaña deportiva aunque sí -repito- personal.

La sensación de agobio de ayer quedó atrás, la jornada de hoy ha sido muy entretenida ya que he estado casi todo el día con la bicicleta y se han ido alternando los momentos de esfuerzo con los de descanso y contemplación. Ahora siento que podría seguir así varios días más sin problemas, recorriendo la sierra en solitario sin Sancho Panza, sin civilización ni humanidad, con total naturalidad, pero eso sería si no estuviera tan cansado y si me quedaran provisiones. Y tras dormir un buen rato me doy cuenta que ya es casi de noche, por lo que ceno lo poco que me queda (no puedo cocinar pues no tengo agua suficiente) y leo la última parte de mi libro antes de afrontar la última etapa del viaje. Pronto me vence el sueño y ya no existen preocupaciones por la posible visita nocturna de algún animal, salteadores de caminos o malhechores, ya me siento parte de este todo. Duermo de un tirón, y por la mañana me despierto contemplando unos muflones que pasan cerca, una manada de unos quince ejemplares que me alegran la vista de forma vespertina. Me levanto y me preparo para dar la estocada final, como estoy bastante recuperado, antes de marcharme doy una vueltecica por el entorno, por un caminito que nunca me he metido cerca de la casa, entre la cercana zona de cultivo y los centenarios robles; para mi sorpresa y asombro, al final del corto camino encuentro una especie de balsa, y tras subir a ella veo que tiene agua y que un fino hilo de gotas la abastece, increíble pero cierto, la fuente que yo creía agotada era una que visité otro día, ésta la desconocía y ahora estoy encantado de conocerla porque agradezco el pequeño baño que me doy para purificarme en cuerpo y alma con esta agua bendita.

La hora de partir ya está aquí, me despido hasta la vista de este Valle de Malvariche, mágico en su totalidad y fuente de energía, recomendable en todos los sentidos sobre todo en primavera –incentivo a cualquiera para que visite tan espectacular paisaje, seguro que de momento no se masifica por varias causas de fuerza mayor: sólo se puede acceder a pie o en bicicleta tras un buen paseo, el acceso a vehículos a motor está limitado, tampoco hay bares ni barbacoas; por todo ello este valle pone sus propias condiciones: sólo llegarán a él quien verdaderamente lo desee y guste de disfrutar de la naturaleza en su estado más puro. Quien quiera saber más, allí está...-.

De camino al Portillo me encuentro la manada de muflones, la verdad es que da gusto ver a los animales en libertad. La única dificultad es pasar con la bicicleta cargada sobre una zona rocosa donde el camino se rompe, a causa de que quien lo estaba construyendo tubo un accidente mortal y la obra quedó sin terminar, al fondo del barranco está la máquina accidentada recordando el fatal desenlace. Desde el Portillo a Casas Nuevas es todo prácticamente una bajada, así que a disfrutar con ella y con la vista de la cara norte de Sierra Espuña con su aguda pared de El Aguilón y toda la Umbría de El Bosque, desde donde se pueden apreciar los fértiles campos de Casas Nuevas y Pliego –otra zona que aconsejo ciegamente para que sea visitada por todos los amantes de la naturaleza

en estado puro-. Pienso ir a Casas Nuevas siguiendo el Canal del Taibilla, es el camino más directo y cómodo eliminando la carretera, este trayecto es muy cómodo para la bicicleta y bonito por sus encantos naturales, el camino que va a la Hoya del Apurchil es todavía más bonito, pero no estoy para esos trotes. Pasado Casas Nuevas me dirijo a Pliego siguiendo el camino, pero aquí se torna más duro, sobre todo porque está perdidamente pedregoso, lo que me hace recordar mi bicicleta de doble suspensión (mi presente montura es rígida) y arrepentirme de mi elección, este último camino, que me pone como si llevara un demonio en el cuerpo, debería haber ido a Pliego por la carretera, estoy demasiado cansado, hace mucho calor y se me ha agotado el agua. Finalmente llego a Pliego y voy a visitar a mi amigo José Manuel que está en su taller de carruajes, lo saludo e inmediatamente lleno mi bota de agua, llevo la boca seca lo que no me deja hablar bien (eso y que llevo varios días sin apenas contacto humano, hablando con mi yo interior para lo que no tengo que emitir sonidos guturales), según voy bebiendo la garganta se lubrica y se me aclara la voz.

He vuelto a la civilización y el viaje prácticamente ha finalizado, ahora todo es un recuerdo que resumo a mi amigo y que veo que no entiende mucho, pero en unas pocas palabras no caben cuatro días de aventura. Hasta Mula hay un paseo, lo justo para volver al mundanal ruido, en Pliego es día de mercado y la gente anda de aquí para allá, comparto camino con los coches y Mula sigue igual. He de volver a casa he intentar explicar cómo me han ido estos días, será difícil dar explicaciones de una vivencia profunda como esta, en realidad creo que no podré dar explicaciones de momento, simplemente narrar el itinerario, la vivencia tendré que madurarla y verla desde la distancia, con el poso que dejan los grandes momentos, las grandes experiencias que nunca se borran. Sin duda alguna esta es una de esas experiencias que marcan un antes y un después, porque ahora ya tengo en mi cabeza otras posibles travesías, otros caminos que recorrer, y todos ellos con la inspiración de este viaje, de esta quijotesca andadura que no hace otra cosa que darme alas para volver, para volver a vivir intensamente.

En un lugar de la sierra de cuyo nombre no quiero acordarme,
del 26 al 29 de julio de 2005.

Jose Antonio Rodríguez Sánchez